tán!" y llamamos a "¡Extender las conquistas de la Revolución de Octubre a los pueblos atganos!" En Polonia, cuando a finales de 1981 Solidarność, bajo la guía de Reagan y el papa Juan Pablo Wojtyla, intentó tomar el poder en nombre de la "democracia burguesa", nosotros proclamamos: "¡Alto a la contrarrevolución de Solidarność!" El contragolpe del general Jaruzelski frustró temporalmente la intentona de estos nacionalistas clericales lacayos de Wall Street y Washington. Pero los estalinistas no tenían ni la autoridad moral ni el programa para contrarrestar a la contrarrevolución, y ocho años más tarde el mismo Jaruzelski, con la aprobación de Gorbachov, abdicó el poder político en favor de Walesa y Cía.

Cuando a fines de 1989 cayó el régimen de Honecker en Alemania Oriental y se abrió el Muro de Berlín, la LCI lanzó sus fuerzas a la lucha por la perspectiva de una Alemania roja de consejos obreros. Nosotros iniciamos la convocatoria para la gigantesca manifestación antifascista en el parque Treptow el 3 de enero de 1990, a la que asistieron 250.000 personas para honrar a los soldados soviéticos que murieron liberando a Alemania de los Nazis. Posteriormente, cuando Gorbachov dio la luz verde para el establecimiento del IV Reich del imperialismo germano con la reunificación de Alemania, nuestros camaradas del Partido Obrero Espartaquista de Alemania fueron los *únicos* que claramente y sin ambigüedades se opusieron a la reunificación capitalista.

Dentro de la Unión Soviética los representantes de la LCI han luchado por una perspectiva revolucionaria internacionalista. Así en un congreso de mineros del carbón en octubre de 1990 en Donetsk, ayudamos a bloquear el esfuerzo de fuerzas de derecha pro Yeltsin—asesoradas por la federación sindical norteamericana "AFL-CIA"—por enlistar a los mineros soviéticos en la caza de brujas anticomunista a escala internacional contra el líder minero británico Arthur Scargill. Los gobernantes imperialistas odian a Scargill porque fue el dirigente de la huelga de los mineros británicos de 1984-85—que los obreros soviéticos generosamente auxiliaron. Esta importante batalla de clases desmintió el mito interesado de los estalinistas de que los obreros de los países capitalistas avanzados son incapaces de pelear duro en la lucha de clases.

Tratamos urgentemente de llevar el programa del trotskismo al proletariado soviético y a los intelectuales prosocialistas con nuestro *Boletín Espartaquista* en ruso, que contiene además de documentos claves de la LCI, la sección sobre la URSS de *El Programa de Transición* de Trotsky. En meses recientes, analizamos la crisis en proceso de profundización en nuestro artículo "¿A dónde va la Unión Soviética?" (*Espartaco* No. 2, verano-otoño de 1991), incluyendo un programa de lucha por el verdadero poder de los soviets.

Es urgentemente necesario luchar

Escribiendo en 1935 sobre "El estado obrero, Termidor y bonapartismo", Trotsky señalaba: "El inevitable colapso del bonapartismo estalinista pondría en tela de juicio inmediatamente el carácter de estado obrero de la URSS." Esto ha ocurrido ya. Y añadía: "El destino de la URSS como estado *socialista* dependerá del régimen *político* que surja para reemplazar al bonapartismo estalinista." Los imperialistas y sus lacayos como Yeltsin quieren acelerar la consolidación de un estado capitalista. Pero no resultará tan fácil. No se trata de Alemania Oriental, un país compacto y homogéneo del que se adueñó una burguesía alemana preexistente, que simplemente expandió su aparato estatal, destruyó la economía de la RDA y puso a la mitad de la población trabajadora a vivir de la beneficencia pública. Cuando el costo resultó ser mayor de lo esperado, Bonn continuó vertiendo miles de millones de marcos alemanes.

La Unión Soviética, por el contrario, es un país enorme, con más de 100 nacionalidades distintas, un tremendo potencial para el caos y sin nadie que financie una adquisición capitalista. Los EE.UU. podrían tal vez comprar el país por unas cuantas decenas o centenas de miles de millones de dólares, pero la clase dominante norteamericana está tan opuesta ideológicamente a ello como a financiar un sistema de bienestar social o atención médica decentes en los mismos EE.UU. Los *yuppies* pequeñoburgueses soviéticos creen en un capitalismo utópico, soñando que repentinamente tendrán un nivel de vida como el de los países escandinavos. En realidad, económica y políticamente su futuro bajo el capitalismo se parecerá más a México, o peor, con un empobrecimiento atroz de las masas presidido por un estado autoritario. Las fuerzas que respaldan a Yeltsin aspiran a convertirse en una clase capitalista, pero todavía no lo son. Ni siquiera en Polonia, donde el estado es capitalista de arriba a abajo, ha cuajado aún una clase capitalista porque les falta...capital.

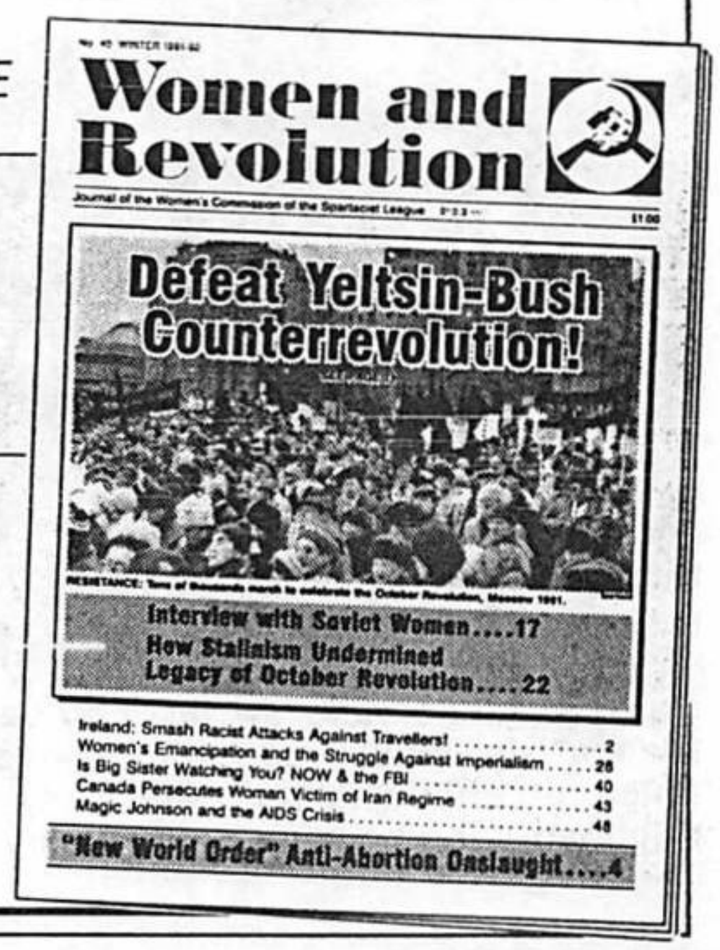
Y existen otros obstáculos: para empezar, la economía soviética está organizada al nivel de la Unión—la salida de algunos de sus componentes principales, particularmente si Ucrania se separa, causaría estragos. Además, muchos obreros soviéticos consideran que el país les pertenece, y poseen una profunda reserva de apego al igualitarismo que tendría que ser desarraigado para poder implantar el capitalismo. Por eso a pesar de que los acontecimientos se suceden a una velocidad vertiginosa, estos factores podrían darle suficiente tiempo al proletariado soviético para que emprenda la lucha antes de que la contrarrevolución se consolide. En ese caso, los revolucionarios deben tratar de intervenir para proveer liderazgo, buscando sobre todo cohesionar un nuevo partido revolucionario de vanguardia, el instrumento necesario para la victoria. ■

Women and Revolution

SUBSCRIBASE

Revista de la Comisión de la mujer de la Spartacist League/U.S.

(En inglés)

$3/3 números

Giros/cheques a:
Spartacist Pub. Co.
Box 1377 GPO
New York, NY 10116
EE.UU.